

## DIÁLOGO FE-RAZÓN

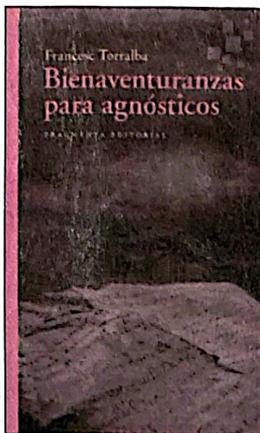
En este libro, un agnóstico y un creyente mantienen un singular diálogo en torno al programa de vida de Jesús de Nazaret

## Ventanas al debate

El libro que nos ocupa presenta dos partes diferenciadas. La primera llega hasta la página 132, momento en el que el agnóstico Guillem cambia de temática y le propone al católico Francesc Torralba dialogar sobre las bienaventuranzas y, en concreto, sobre las recogidas en Mt 5, 1-12. A partir de esta página, el lector se adentra en la segunda parte y asiste a un interesante y pormenorizado abordaje de cada uno de los puntos en que consiste el programa de Jesús de Nazaret. El diálogo se cierra con un capítulo final (el XV) dedicado a “los adioses”, es decir, a ofrecer una síntesis de lo que ha dado de sí el cruce de cartas mantenido entre ambos.

Dejo al lector adentrarse en el disfrute –pausado y contrastante– de cada una de las nueve bienaventuranzas y le ofrezco una consideración que, a la vez que puede reforzar el interés de la lectura, me permite llamar su atención sobre algún punto del singular diálogo que mantienen estos dos autores en la primera de las partes.

El agnóstico Guillem se autopresenta como “un escéptico”, no como “un descreído” (p. 25), aunque un poco más adelante parece desdecirse de ello cuando afirma que “me he vuelto un descreído”, entendiendo por tal a una persona que vive “perfectamente sin saber si existe o no existe Dios” (p. 35). Y, tras revolverse contra el pensamiento ilustrado o moderno (“las convicciones fuertes han llevado al mundo a la deriva, a la destrucción”), proclama su fe agnóstica: “He dejado de creer que haya alguien que vela por nosotros, alguien que está atento a cada movimiento que hacemos y que nos ama de modo infinito des-



### BIENAVENTURANZAS PARA AGNÓSTICOS

Francesc Torralba

Fragmenta Editorial

Barcelona, 2024 · 327 pp.

de la eternidad, desde antes, incluso, de que fuéramos engendrados”. Pero eso no es todo. Tampoco, indica en otro momento, “siento la necesidad de pertenecer a ninguna comunidad espiritual ni de leer textos sagrados ni de rezar o meditar en silencio”. Cuando el ser humano madura, concluye su autopresentación, “emerge el escéptico, el agnóstico, el incrédulo” (p. 36). Y, a la luz de tal confesión, proclama que “Dios me parece una desmesura, un exceso, una afirmación completamente irracional” (p. 100).

Por su parte, Francesc fija su posición indicando que las convicciones –al sostenerse en un acto de fe que trasciende la racionalidad– no pueden justificarse racionalmente. “Pero eso no quiere decir que no sea razonable” (p. 31). Es cierto, prosigue, que con el tiempo ha dejado de ser crédulo. También lo es que “he tenido que enterrar muchas imágenes mentales de Dios hasta comprender que es el misterio inefable... que trasciende las fronteras de la razón” (p. 41). Pero, igualmente, lo es que ha procedido así porque “intento que mi seguimiento de Jesús sea creíble y no una estafa” (p. 39).

La fijación de estos diferenciados puntos de partida les lleva a dialogar en un primer momento –entre otros asuntos– sobre lo que entienden por misterio, razón, agnosticismo, silencio de Dios, persistencia del mal, fe, duda, esperanza, verdad, paradoja, lenguaje antropomórfico, imperativos morales, imperfecta felicidad, omnipotencia, bondad y comprobación empírica de Dios, y un largo etcétera. Cuestiones imposibles de recensionar como se merecen en estas líneas.

### Experiencia interior

Hay, sin embargo, un posicionamiento de Francesc que me ha llamado particularmente la atención: “No tengo claro –sostiene el autor– que la fe o el descreimiento tengan que ver con argumentos racionales. No conozco a nadie que se haya convertido al cristianismo tras una secuencia lógica de argumentos” (pp. 72-73). Es una importante tesis que sostiene argumentando que “la fe es una experiencia interior”. Los que nunca han participado de ella no pueden comprender que se trata de “un regalo muy arbitrario, ya que algunos lo reciben y otros no” (p. 79).

Leyendo este y otros pasajes, reconozco que me encuentro con un libro magníficamente escrito, excelente para un posterior debate sobre la siempre nueva y vieja relación entre la razón en libertad y la convicción de fe. Entiendo, a diferencia de lo que sostiene el autor, que un diálogo con el agnosticismo contemporáneo da de sí bastante más de lo que se recoge en este texto cuando se aceptan las reglas de juego en las que se mueven tales agnósticos (por ejemplo, las de la racionalidad científico-positiva). Cuando se acepta y se parte de este terreno, no hay que extrañarse de que, a diferencia del subjetivismo en el que creo que incurre Francesc, nos encontremos con personas que, en unos casos, recuperen la fe y, en otros, se autorreconozcan –tras decenios de ateísmo, incluso militante– creyentes o, mejor dicho, deístas racionalmente consistentes. He aquí uno de los puntos de debate a los que se presta este libro. No es el único.

JESÚS MARTÍNEZ GORDO